

tentó Huyssen con refutar las calumnias esparcidas contra el Czar, sino que procuró que otros publicasen también escritos en los cuales se presentaba al Czar y a los rusos en el mejor concepto posible. Entre otros el editor de la «Fama europea» en Leipzig, J. G. Rabener, publicó muchos folletos en alabanza de Rusia. Bajo su dirección se dió á luz también en Francfort en el año 1706 la «Relacion del estado actual del imperio de Moscovia», que sirvió después de base para muchos escritos sobre Rusia, hasta el punto de que la primera obra extensa que se publicó en el año 1710 sobre el Czar con el título de «Vida y hechos del Czar, gran señor y gran príncipe de Moscovia», no es más en el fondo que una ampliación de aquella Relacion escrita en tono apolo-gético (1).

Sobre el trato que se daba á los extranjeros en Rusia, prescindiendo ahora del folleto de Neugebauer, hay tantos otros documentos desfavorables para Rusia que hubiera sido obra difícil contrarrestar la fuerza de sus argumentos. Lo único que puede decirse en favor del Czar y de sus empleados es que había muy malos elementos entre los emigrados en Rusia y que las costumbres bárbaras de los militares extranjeros hacían necesaria cierta severidad de parte de las autoridades (2). A menudo hubo peleas, desafíos y muertes. Cuando fueron ejecutados dos oficiales por delito de homicidio, publicó el gobierno (1703) un edicto por el que se anunciaba que serían castigados con la última pena todos aquellos que desentenasen sus espadas contra cualquiera (3). El mismo Gordon nos habla en su Diario de muchos excesos cometidos por los extranjeros.

Sin embargo, en muchos casos no puede justificarse la conducta de los rusos para con los extranjeros. Hasta las personas de elevada categoría, como el vice-almirante Cornelio Cruys y Juan Perry, estuvieron expuestas á malos tratos y atropellos. Veamos algunos ejemplos. Neugebauer refiere que en Woronesch, en 1700, fué apaleado Cruys á presencia de todo el pueblo y luego le echaron en un barco inundado, de suerte que estuvo veinticuatro horas en el agua, y solo á ruegos de Golowin fué librado de aquella lamentable situación. No conocemos las circunstancias del episodio. El agente diplomático Pleyer menciona este suceso en carta que escribió al emperador Leopoldo, dándole á conocer la crítica situación por que atravesaba Rusia. «Será difícil, decía (4), recibir oficiales de Holanda, porque el vice-almirante disuadirá á todos de entrar al servicio de Rusia; pues él mismo ha sufrido durante su permanencia de 6 años en el país malas caras, disgustos, insultos, malos tratos, palos y todo género de desvergüenzas.» Añadía que otros oficiales y marinos estaban descontentos porque no se cumplían los contratos, no les pagaban sus salarios, etc., etc. (5). Es probable que Pedro no tuviera la culpa de estas faltas; pero también es cierto que no podía hacer mucho por sus protegidos. Perry tuvo que renunciar al volver á Inglaterra á los 12,000 rublos que le correspondían por los 14 años que había permanecido en

(1) Véase Pekarsky, I, 93-97. Según las «Acta eruditorum» de 1705, pág. 115, se consideró como autor de la «Relacion» al profesor Stiessio de Breslau. Véanse las indicaciones sobre esta materia en Menschikoff, pág. 9.

(2) Véanse mis «Estudios históricos de la civilización», tratado segundo, pág. 75.

(3) Véase Fechner, «Crónica de las parroquias protestantes en Rusia.» Moscú 1876, I, 427. Neugebauer menciona estos casos en prueba de la crueldad injustificada de los rusos.

(4) Véase la relacion del 25 de diciembre de 1702 del archivo de Viena en Ustrialoff, IV, 2, 596.

(5) Pleyer observa que muchos de los comerciantes holandeses que habían dado fondos á cuenta de las pagas sufrieron grandes pérdidas, y que no se podía contar tampoco con la buena voluntad de los marinos venecianos, que sabían por experiencia á qué atenerse.

Rusia. La relacion acerca de la conducta de sus superiores, principalmente del almirante Apraxin, da á conocer los manejos de que se valían en las regiones oficiales para frustrar los deseos y órdenes de Pedro respecto de sus protegidos. Pedro se encontró en abierta oposicion con su pueblo en este asunto. Al odio del último contra los *Niemzy* opuso con grande energía la necesidad que tenía Rusia de los esfuerzos y experiencia de aquellos «herejes y paganos» tan injuriados y despreciados. El Czar tenía, como dice Weber, escritor contemporáneo, «la firme resolucion de poner un contrapeso extranjero á la malicia de los rusos, y por su medio quitar la vieja levadura rusa;» pero pronto se convenció de que la situación de sus protegidos era difícil y les recomendó, según se asegura, hasta en su lecho de muerte al cuidado de los que le rodeaban.

«La envidia de los rusos que deseaban quitar toda influencia á los extranjeros,» según frase de Weber, se manifestó siempre pujante. Tenían mala voluntad al Czar porque no cesaba de expresar su convicción sobre la necesidad de los extranjeros. Cuando estalló la guerra del Norte tuvo que utilizar los servicios de Patcul para los asuntos diplomáticos; Ostermann ayudó á hacer las paces, y hombres como Ogilvy, Rönne y otros fueron necesarios para la misma guerra. Los rusos tenían que aprender de los extranjeros el despacho de los asuntos en cancillería, el estudio de las ciencias sobre el terreno, la cria de ganados, el manejo de la hoz y la manera de llevar los negocios del comercio al por mayor y al por menor; tenían que ser, en una palabra, los aprendices de Occidente en el vestir y en las costumbres, en los trabajos materiales como en las aspiraciones intelectuales, en las formas del trato social como en la aplicacion de las artes y de la literatura. Esta direccion estaba ya trazada por los adelantos y sucesos anteriores al gobierno de Pedro. Cuando la regencia de Sofía, decía Neuville, que los rusos no podían emprender nada sin extranjeros. Schelusing contaba que los rusos habían aprendido mucho de los extranjeros y que aun tenían que aprender infinitamente más, pues tenían disposición para ello. Ivan Possoschkoff, pariente del Czar, que odiaba con todo su corazón á los extranjeros, refería: «que los alemanes estaban mucho más adelantados en las ciencias que los rusos, pero que gracias á Dios los rusos no dejaban por eso de tener tanta disposición como ellos.» Sin embargo recomendaba que fuesen llamados extranjeros en calidad de maestros, en el terreno de la tecnología, esperando que así los rusos podrían en el día de mañana no necesitar de ellos.

Los rusos necesitaban todavía por mucho tiempo de los extranjeros; pues aun se hallaban en los primeros elementos.

CAPITULO IV

PRINCIPIO DE LAS REFORMAS

Hasta la campaña de Azof no se había ocupado Pedro, según hemos visto, en los asuntos de política exterior, ni de legislación y administración: hasta entonces la cuestion de Oriente había llamado exclusivamente su atención, y esta fué la causa principal de su viaje al extranjero. Con su regreso comienza una nueva época.

El Czar tomó la iniciativa en todos los asuntos; era el alma de todas las empresas en el terreno de la política exterior y de todas las reformas en el interior del imperio. Con él da principio aquella metamorfosis de Rusia, aquel estado de transición que ofreció al imperio un brillante porvenir, pero que, por el momento, exigió grandes sacrificios y supremos esfuerzos, que lastimaron muchos derechos é intereses; transición que despertó á todos del letargo en que yacían, y

ofreció todos los días nuevas sorpresas, pareciendo á muchos como el resultado de un capricho despótico.

Los medios empleados para llevar á cabo las necesarias reformas fueron duros, crueles, arbitrarios: eran efecto de una revolucion de arriba. Falta de consideracion, inflexible constancia, tutela, y numerosa y variada reglamentacion fueron los rasgos fundamentales de la actividad del Czar: él solo cargó con la responsabilidad de la direccion. Nunca faltan equivocaciones; pero en lo esencial estuvo acertado. La autoridad de Pedro fué una dictadura, pero estuvo animado del sentimiento del deber y dió á otros cuenta de sus actos. Plutarco comparó á Pericles, que no hacia caso de la muchedumbre incauta, con un piloto, que en una tempestad no tiene en cuenta los lamentos de los pasajeros, atacados de nostalgia. Así fué Pedro: siempre sobre el timon de la nave, nunca hizo caso de las quejas del pueblo, el cual, no comprendiendo la importancia de las reformas, ni la marcha emprendida por Pedro, solo tenía en cuenta las molestias é incomodidades que le proporcionaba, propias de un estado de transición. Las miras de Pedro no eran precisamente la omnipotencia del Estado, sino el bienestar del pueblo; el ideal del Czar no era el del Príncipe, de Maquiavelo; pero como aquél, estaba convencido de la necesidad de tratar al pueblo como á un esclavo, si esto era necesario, para labrar su propia felicidad. Pedro calificó su severidad de «*crudelta bene usata*». Puede aplicarsele la frase de Goethe: el operante obra sin conciencia: solo el observador la tiene. Era necesario realizar hechos salvadores, y esta circunstancia debe tenerse en cuenta para disculpar los actos de fuerza y precipitacion del dictador y la energía con que cumplió los que consideraba sus deberes morales. Con férrea mano arrastró Pedro consigo al pueblo de Rusia por el camino del progreso, que él conocía, llevando por norte la civilizada Europa del Occidente. Quien se oponía á seguir en su marcha al atrevido caudillo con antiguallas y anacronismos, corría el peligro de ser sacrificado como un desierto. Sorprendió la actividad de su gobierno que trabajaba sin descanso; y quien estorbaba sus funciones, quien llegaba á caer bajo la rueda del progreso, puesta en movimiento por el gigante, podía ser fácilmente aplastado.

La actividad de Pedro, como legislador y hacendista, fué un verdadero combate, una lucha desesperada contra los poderes reaccionarios. Tenía que alcanzar la victoria como representante de la Europa enfrente del Oriente prehistórico. No puede demostrarse en sus detalles que el viaje de Pedro fuera el punto de partida de las reformas que le siguieron inmediatamente; pero en conjunto, no cabe duda de la íntima relacion que había, entre las innovaciones introducidas, y la estancia de Pedro en la Europa occidental. Muchos que estudiaron atentamente su viaje dedujeron con seguridad que de la administración y legislación de Pedro podían esperarse cosas nuevas que señalarían en Rusia una época distinta. Antes del viaje del Czar había asegurado Leibnitz que Pedro conocía los defectos de su pueblo y que estaba resuelto á extirpar su barbarie, esperando que los rusos despertarían de su letargo. Cuando la polémica arriba mencionada de Thorn (agosto de 1698), se adelantó ya la idea de que Pedro introduciría en su imperio muchas cosas de las que había visto en el extranjero, y Rusia experimentaría una completa trasformacion dedicándose al arte de la guerra y de la paz. También Crull escribió en su obra sobre Rusia, publicada en 1698, que Pedro, en oposicion con sus predecesores, que habían considerado como sosten de su imperio la ignorancia de sus súbditos, los quiso instruir, de suerte que los de mayor penetracion y alcances abrigaban grandes esperanzas en el regreso del Czar del extranjero. En un escrito que se

publicó á propósito de la presencia de Pedro en Dresde se expresaba la esperanza de que había de continuar ilustrando á su pueblo.

No hay porqué dudar de la verdad de la propuesta hecha á Pedro por el pastor inglés Francisco Lee sobre un gran proyecto para Rusia, extenso é interesante en los detalles. Era como sigue:

«Después de volver Pedro á su país deben crearse en Rusia siete colegios de reforma: uno para el progreso de la enseñanza del pueblo (*for the advancement of learning*) compuesto de cinco á siete miembros.» A este propósito recordamos en este lugar las opiniones de Bacon y de Locke, y á la vez la circunstancia de que ya Fedor, hermano de Pedro, quiso hacer mucho en favor de la instruccion popular; pero encontró grande oposicion. Lee opinaba que solo debía establecerse una instruccion sólida y útil: recomendaba sobre todo el estudio de las matemáticas aplicadas á la adquisicion de fines prácticos, y una direccion que correspondiera á las aficiones y conocimientos de Pedro. Otro colegio destinado al estudio del perfeccionamiento de la naturaleza (*for the improvement of nature*) á que podría servir de modelo la Royal Society de Londres, y en el cual se estudiara la construccion de canales, mejora de los terrenos, desagüe de los pantanos, y la economía rural. Sobre los progresos que alcanzara se debían publicar en los diarios oficiales sus correspondientes datos, y debía hacerse un exámen de todos los productos naturales, á cuyo fin debía mandarse á provincias el sumario de preguntas. El *College for the encouragement of arts*, ó sea para el fomento de las artes, debía fomentar las nuevas invenciones, conceder privilegios y premios para el engrandecimiento del comercio, y del *College for the increase of merchandise*, debían emanar las buenas y acertadas disposiciones que tendiesen á proteger y favorecer los intereses comerciales. Otro colegio para la reforma de las costumbres (*for the reformation of manners*), cuyo ideal fuese la moralidad pública y particular, la correccion y castigo de los vicios y el amor y el premio á la virtud, no había de tener menos de 34 miembros, todos mayores de 40 años. Dos de ellos habían de estar viajando continuamente de una parte á otra del país observando y dando cuenta del estado de moralidad en la nacion, del celo de los criados, de la obediencia de los hijos, de la fidelidad de las mujeres para con sus maridos, ofreciendo recompensas y premios á la virtud. Otro colegio para la compilacion de leyes (*for the compilation of laws*), debería estar encargado de resolver la difícil tarea de la codificacion, sirviendo de modelo los procedimientos de Teodosio y Justiniano. El más importante de todos los colegios para Lee había de ser el de la propagacion de la religion cristiana, *College for the propagation of the christian religion*, destinado á propagar el cristianismo, y en su virtud encargado de la impresion de la Sagrada Escritura en idioma eslavo y de las misiones, para cuyo fin había de establecerse en Astrakan un colegio de lenguas, *College of languages*, en el cual se enseñasen el hebreo, el persa, el eslavo, el tártaro, el árabe y el chino.

Todos estos colegios, á excepcion del de codificacion, habían de tener, según Lee, sucursales en todas las partes del imperio, con la correspondiente subordinacion para poder apelar del colegio provincial al colegio central. En cada provincia habían de crearse también universidades y exigir para el desempeño de un empleo tres años de estudio en una del país ó del extranjero. A los sacerdotes se les debía someter á un severo exámen antes de llegar á aquella dignidad. Recomendaba asimismo el establecimiento de los registros para nacimientos, defunciones y casamientos y que estas inscripciones estadísticas estuvieran sujetas á un exá-

men mensual. Exponía también las ventajas de los registros de la propiedad para defensa de esta; la erección de mayorazgos, para la conservación de la fortuna en las familias; la publicación de leyes; la creación de jueces de paz ó municipales; la necesidad de un código penal y la institución de casas de huérfanos, montes de piedad, etc., etc.

Se ve, pues, que se recomendaba para Rusia todo aquello que el Occidente había adquirido en fuerza de continuos y seculares trabajos por el camino de la civilización, del progreso, del derecho, de la moralidad y de la ilustración. Un optimismo ideal llevado hasta el candor, brilla en todo el plan. Poco ó nada se pensaba en las dificultades que se oponían á su realización. Nada hay en él que indique que su autor conocía la situación en que se hallaba Rusia. Solo hay un doctrinarismo puro parecido al de los proyectos constitucionales de Rousseau para diferentes Estados. Y sin embargo, en tiempos de Pedro se hizo el ensayo de los proyectos de Lee, á lo menos en parte.

Pedro puso grande empeño en el establecimiento de Academias y Escuelas donde se enseñaran las ciencias exactas, principalmente la aritmética, aunque los resultados no fueron satisfactorios. La llamada Academia de ciencias que él creó, correspondía á la *Royal Society* de Londres; por la construcción de un sistema de canales trató de perfeccionar la naturaleza; por la fundación de compañías de comercio, que recomendó á sus súbditos, pretendió fomentar el comercio; hizo tentativas por codificar las leyes; introdujo aquel sistema de colegios con sucursales para la administración local; se hicieron en su tiempo varios ensayos de estadística; por las «revisiones» echó el fundamento de una estadística de la población; por una ley relativa á los mayorazgos, quiso proteger la fortuna de la familia, etc., etc.

Pero las reformas más radicales, las que se referían á la administración y la legislación, no siguieron inmediatamente al viaje de Pedro: ni podían ser más que indirectamente fruto de las excitaciones que recibió en el extranjero, y en particular de Lee. Por más que llame la atención el que Pedro pudiera dedicar su atención á los asuntos interiores durante la guerra del Norte, lo cierto es que cuando Pedro se consagró de lleno á las reformas más importantes en los diferentes ramos de la organización de Rusia, fué después de la batalla de Poltava que decidió la suerte de Rusia. Era mucho lo que tenía que hacer para que pudiese, como muchos esperaban, proceder con precipitación en todas las cosas.

Guerras en el exterior y crisis en el interior, interrumpieron á cada paso los trabajos de la reforma. El conjunto de las impresiones del viaje era además muy confuso para seguir con celeridad las reformas de una manera armónica y trabajando con esmero hasta en los detalles. No emprendió Pedro el viaje con el ánimo de ejecutar después una transformación completa en Rusia. Todas las medidas de gobierno que siguieron á aquel, comprendían únicamente una reforma parcial, incoherente, arbitraria, casual. Pero el carácter ó el sello de la mayor parte de las innovaciones indica claramente que se trataba de educar á Rusia á la europea, si bien al principio solo fué reforma de lo exterior y convencional, de costumbres y manera de vestir al estilo del Occidente civilizado (1).

En el Oriente no hay modas. El oriental abandona su

(1) El embajador antriaco en Moscú, Guarent, no creía que Pedro haría las reformas inmediatamente después de su regreso. Escribió al emperador Leopoldo con fecha 12 de setiembre de 1698: Parece que después de la vuelta del Czar, el gobierno de Moscú quedará en su anterior confusión, y difícilmente emprenderá las reformas que le haya sugerido el viaje; pues hasta ahora solo se conocen «nova vestigia veteris consuetudinis,» y así quedará probablemente en lo sucesivo. Del archivo de Viena en Ustrialoff, III, 62.

traje tradicional con mucha mayor dificultad que el habitante de la Europa occidental: es conservador en esto como en otras muchas cosas. Aun los trajes de Rusia, que se habían tomado de Oriente, conservaron mucho tiempo después su corte y forma de tiempos anteriores. El vestido no era ni bonito, ni cómodo, ni higiénico; pero los rusos le tenían gran apego, y nadie quería oír hablar de cambios. Era asiático y tenía algo de afeminado. Muchas veces sucedió que los hombres mandaron arreglar para sí los vestidos de sus mujeres. Costaban además muy caros y exigían mucha tela. En tiempos de Alejo y de Fedor sucedió algunas veces que las clases elevadas de la sociedad siguieron la moda polaca en lo relativo á vestidos y á poner libreas polacas á sus criados, si bien se cortaban el pelo y la barba á la extranjera (2).

Ya algunos años antes de la reforma que introdujo Pedro en los trajes, hallamos en los escritos del serbo Yury Krishanitsch extensas proposiciones relativas á esta materia. Como eslavo, ó mejor dicho, como panslavista, estaba lleno de entusiasmo por la Rusia. Esperaba una regeneración del eslavismo, decaído en Europa, por el poder y desarrollo de Rusia, sobre todo en el traje y en las costumbres (3).

Censuraba acremente el vestido ruso, diciendo que ni era bonito, ni digno, ni permitía libertad en los movimientos; que daba el aspecto de un esclavo y en él apenas se podía respirar. Calificaba de tontería el que los rusos imitasen en el traje á los tártaros y turcos, en vez de seguir el ejemplo de los europeos. Decía que era conveniente vestir con gusto y comodidad; que los largos vestidos de los rusos les asimilaba á las mujeres, y que por no tener bolsillos se veían obligados á guardar en las botas los cuchillos, cartas, etc.; los pañuelos en las gorras, y el dinero hasta en la boca; que los colores subidos no eran bonitos; que por esto los alemanes gastaban sus vestidos de paño oscuro y de un solo color; que las mangas de los vestidos rusos eran tan largas, y á la vez estrechas, que apenas podían mover los brazos, sucediendo lo propio con los pantalones; de suerte que no era posible andar con libertad, ni sentarse cómodamente; que cuando iban á caballo parecían unos monigotes atados á la silla. Krishanitsch consideró también como un lujo insensato el que se diera en Rusia tanta importancia á las perlas y á las sedas, á las labores de oro y á las telas de gran precio. Ensalzaba la sencillez de los trajes de España, Italia y Alemania, á la par que su duración.

Si alguien, decía Krishanitsch, se hubiese propuesto inventar un vestido caro, incómodo y de poca duración, de seguro no hubiera ideado otro peor que el nuestro. Todo eso lo ven los extranjeros y nos toman por gente sin juicio y nos desprecian. Se me cayó el alma á los pies cuando vi en una ciudad del extranjero á los embajadores rusos cubiertos de adornos y de perlas que se dirigían á la recepción sin dignidad, siendo objeto de la compasión del pueblo, en vez de serlo de admiración. Y el que desee saber lo feo y horrible que es nuestro vestido, sobre todo para las otras naciones, no tiene más que ver los retratos de los reyes y comprenderá en seguida la enorme distancia que le separa del de los extranjeros.

Por cierto que si comparamos los retratos de Miguel, Alejo y Fedor, que pueden verse en las obras de Oleario, Collin, Meyerberg, etc., con el retrato de Pedro el Grande, que fué pintado en Londres por Kneller, con su coraza de acero á la europea y su manto de armiño, es este precioso al lado de las toscas y pesadas figuras de los Czares anterior-

(2) Véanse las severas prohibiciones en la Colección de leyes número 607 del año 1675.

(3) Véase mi tratado: Proyecto de reforma de trajes de Pedro el Grande. Revista rusa, II, 426-444.

res, que cubiertos de oro, de joyas y perlas, parece que están metidos en sacos.

Krishanitsch saca por conclusión que debía cambiarse por otro el repugnante traje ruso, y no enviar nunca á Europa á los embajadores vestidos á la rusa, para evitar que fuesen despreciados.

Opinaba que la reforma en los vestidos debía partir del Estado, dando al efecto leyes y prescripciones convenientes. Hasta qué punto podía ejercer influencia el ejemplo del príncipe, lo prueba con Alejandro Magno, que inventó un nuevo vestido con mezcla de los de Persia y de Macedonia: proponía también que se diesen nuevos uniformes á los militares.

Krishanitsch, que compuso sus escritos en Tobolsk por los años 1660-76, establece la alternativa de si Rusia quería pertenecer al Oriente ó al Occidente. «Todos los diferentes trajes, dice, pueden dividirse en dos clases: en orientales, como persas, griegos, eslavos, turcos y tártaros, y en europeos, como alemanes, franceses, españoles, etc.» Pedro llevó á cabo, sin conocer los escritos de Krishanitsch, lo que este había recomendado; se decidió en favor de la adhesión de Rusia al Occidente, y tomó como punto de partida el principio que Krishanitsch había formulado en sus deducciones acerca de los vestidos: «Si alguien dice que no debe uno ponerse en oposición con las costumbres antiguas, contestamos nosotros diciendo: que los errores deben desaparecer por antiguos que ellos sean (1).»

La reforma del traje estaba ya preparada en parte; y aun en tiempo de Boris Godunoff se empezó á imitar á los extranjeros en lo de cortarse la barba. Durante el reinado de Alejo Micalowitz, sucedió que un clérigo conservador, Amwakum, negó la bendición al boyardo Scheremetyeff porque este se había presentado «como un hereje» con la barba cortada.

El que llevaba el pelo á la extranjera ó se cortaba la barba, era amenazado de excomunión. En tiempo de Alejo quitaron su empleo al príncipe Kolzoff Mossalski por haberse cortado el pelo á la extranjera. Pero las opiniones parecían estar también sujetas al capricho de la moda; pues en el año 1675 se amenazó con severos castigos á los que se presentasen con traje polaco, y en 1681 mandó el czar Fedor que todos los empleados de la corte, y en general todos los que estaban al servicio del Estado, llevasen á la corte y al Kremlin únicamente el vestido corto polaco. Al mismo tiempo amenazó el patriarca con la excomunión, no solo á aquellos que se afeitasen, sino también á los que se relacionaran con los que tenían aquella costumbre (2). El sucesor del patriarca Joaquin, Adrian, atacó la costumbre de afeitarse por medio de una encíclica, porque, según él, se oponía á los mandamientos de Dios. Habla de los príncipes, Juliano el apóstata y Constantino el iconoclasta, que dieron órdenes á sus súbditos para que no se afeitasen, pues sin barba no parecían hombres sino perros y gatos; que solo se afeitaba el que quería asemejarse á los animales ó mezclarse con los herejes; que entre los herejes, no solo los seglares sino también los clérigos y los frailes se afeitaban la barba propiamente tal y los bigotes, dando lugar á que se pareciesen á los monos. Termina dando cuenta de las medidas que habían tomado otros patriarcas anteriores contra aquella mala costumbre (3).

Tal celo, prueba que muchos se afeitaban, pero siempre

(1) Véanse los escritos de Krishanitsch publicados por Bessonoff, I, 94-97, 124-143-154.

(2) Manuscrito de la biblioteca sinodal de Moscú, en Ssolowiewf, XIV, 278.

(3) Manuscrito de la biblioteca de la Academia de Ciencias, en Ustrialoff, III, 192, 194.

chocó la innovación con la opinión pública. Cuando Romodanowsky oyó que el embajador ruso Golowin se había presentado en Viena sin barba y con traje alemán, se dice que contestó, que no podía creer que Golowin se hubiera vuelto loco.

El mismo Pedro llevaba muchas veces vestidos alemanes, antes de su viaje. Contábase en Inglaterra que por el tiempo en que murió la zarina Natalia (por lo tanto á principios de 1694), censuró el patriarca á Pedro su traje á la europea; pero que este le contestó diciendo, que en vez de constituirse en abogado de los sastres, debía, como jefe que era de la Iglesia, ocuparse en otras cosas más importantes.

Sabemos también por otras fuentes, que Pedro tenía gusto en vestir á la extranjera. Schleusing dice que Pedro salía con frecuencia en traje alemán, cosa que hasta entonces no había hecho ningún Czar, por creer que se oponía á la religión. Pedro Lefort aconsejaba á sus parientes que fueran á Rusia (mayo de 1693) porque hallarían un generoso emperador que favorecía á los extranjeros é iba vestido á la francesa. En las maniobras militares que ejecutó Pedro en 1694, tomó parte Buturlin en traje alemán representando al rey de Polonia. Se comprende que Pedro seguiría el ejemplo de su amigo Francisco Lefort, del cual se cuenta que vestía siempre á la francesa.

Krishanitsch se llenó de indignación cuando supo que los embajadores rusos se habían presentado en la Europa occidental con traje oriental. Tenemos motivos para asegurar que Scheremetyeff se presentó con traje de la Europa occidental y con peluca en las recepciones que le concedieron el rey de Polonia, el Papa y el Gran Maestre de la orden de Malta, al paso que sus compañeros no llevaron nunca peluca y su traje era medio ruso y medio occidental. Sabemos también que Pedro se vestía generalmente de marino en el extranjero; pero en la visita que hizo al rey Guillermo de Inglaterra iba vestido á la rusa. Lefort mandó hacer su retrato en Holanda con traje de europeo occidental, y en las recepciones solemnes, por ejemplo en el Haya, se presentó con traje oriental. Cuando la primera recepción, en Koenigsberg, llevaban los enanos de Pedro trajes rusos, y en la segunda se presentaron vestidos á la alemana, con trajes de terciopelo carmesí y ricos chalecos con brocados. En el extranjero se creyó muy próxima una reforma de vestidos en Rusia durante el viaje de Pedro, y se dijo que la orden de afeitarse era cosa resuelta. Inmediatamente después de su regreso se llevó á cabo esta reforma.

Los dignatarios que habían quedado en Rusia temían mucho al Czar y esperaban con miedo su llegada. En Moscú se decía que los embajadores con quienes viajaba Pedro vivían siempre asustados y temerosos de la severidad y del mal humor del Czar.

Cuando se divulgó en la capital la noticia de la próxima llegada de Pedro, hubo grande excitación en los ánimos de los boyardos; tuvieron dos reuniones por día y se contaron y volvieron á contar las existencias metálicas que había (4).

Pedro llegó á la capital el 25 de agosto y se dirigió en seguida á Preobraschensk. Al día siguiente fueron á felicitarle por su regreso todos aquellos que deseaban manifestarle su amor y respeto. El Czar estuvo muy amable, atento y fino con todos; levantaba por su mano á todos los que se prosternaban en su presencia, y siguiendo la costumbre del país, los besó y estuvo conversando con ellos. En esta ocasión fué cuando tomando el Czar unas tijeras, cortó la barba á varios de los presentes, entre otros al mariscal de campo Schein. Tal vez fuera esto un capricho de Sultan, aunque es también

(4) Korb, *Diarium* 27 de agosto 1698.